



Encarnación Cillán de Juan, 73 años.
Íñigo Salinas Moraga, 26 años.

Farol a la muerte

La muerte no sabe perder al escondite... ni tan siquiera le gusta jugar. Tratar de huir de ella es una quimera y jugársela al negro es rojo seguro. ¿Quién les mandó intentar escaparse de la Dama Negra? ¿Acaso no se dieron cuenta de que esa es la única forma de encontrársela de cara? No lo sabían y fracasaron. Hacía sol y su atrevimiento les hizo morir ahogados.

La muerte empezó a mover sus hilos a las seis de la tarde de aquel 29 de agosto de 1954. Y es que no era capaz de entender qué hacían sus futuros huéspedes tan lejos del lugar donde habían quedado. Tenía sólo cuatro horas y media para llevarles a la alcantarilla, a treinta kilómetros de distancia. Pero a la muerte le gustan los retos porque sabe que siempre los gana.

Seis de la tarde. Encarnación deja sobresaltada las judías y las patatas en la cocina de leña. Sale de casa en zapatillas y sólo es capaz de quitarse el mandil. El ganado se queda en la cuadra. No hay tiempo. El pantano de Ávila ha estallado y el río Adajas se ha desbordado y arrastra todo lo que encuentra en su camino. Su objetivo inmediato es su pueblo, San Pascual. Lo dice una vecina.

Seis y media de la tarde. El cuñado de Encarnación saca su tractor Renault y el remolque. Deben dirigirse raudos a Villanueva de Gómez, el siguiente pueblo. Allí el agua no llegará. Lo dice la lógica.

Ocho de la tarde. Las treinta personas que abarrotan el remolque se desesperan por tener noticias de los avatares de la caprichosa agua pero sus deseos no encuentran respuesta. Su única esperanza es llegar a Villanueva y esperar acontecimientos. Quizás la radio ya haya escuchado el crujir de las casas de San Pascual. A lo mejor las redacciones de los periódicos ya se han hecho eco de la desgracia. Las conversaciones son más bien escasas y Julia, la hermana de Encarnación, arropa a sus hijos de siete años y nueve meses. Tienen frío y no lo disimulan. La muerte espera escondida en la alcantarilla. Jaque.

Nueve de la noche. La oscuridad ha matado al día. El frío húmedo cala hasta los huesos. Cientos de animales muertos obstaculizan la carretera comarcal. A Encarnación le parece ver una de sus vacas tratando de sobrevivir entre el lodo. Grandes maderos provenientes de cualquier lugar apresan ramas y basura. El caos se apodera de los prados y de las cabezas de los exiliados.

Diez y veintiocho de la noche. Un tronco atraviesa transversalmente parte de la carretera. Hay que esquivarlo por el lado izquierdo. Tienen prisa por llegar a su destino... no vaya a ser que la muerte les encuentre.

Diez y media de la noche. La muerte asegura la partida. Jaque mate.

Once de la noche. Los vecinos de Villanueva de Gómez, alertados por dos jóvenes, acuden a socorrer a las víctimas del accidente. La oscuridad y el extremado nerviosismo de los veintiocho supervivientes hacen difícil las labores de rescate. Julia busca desesperada entre la maleza. Es inútil. Faltan los dos.



San Pascual amaneció como cualquier otro día de verano: soleado y alegre. Ni una gota de agua osó entrar en su territorio. Las reses rumiaban plácidamente en las cuadras. Una falsa alarma.

Los vecinos de Villanueva de Gómez y los de San Pascual aún hoy no comprenden cómo el agua pudo inundar la carretera sin ni siquiera acariciar sus pueblos. El sendero fue río por una noche y huir de la muerte sólo sirvió para encontrársela de frente.

Ocho de la mañana. Después de la marejada siempre llega la calma chicha y después del Martirio de San Juan Bautista seguirá habiendo Misa de Feria. Todos los años seguirá siendo de la misma manera y nunca nadie lo podrá cambiar. El río Adajas vuelve por su cauce habitual y ya sólo quedan las secuelas del desastre. Las ruinas descansan perdidas en la carretera y la muerte seguirá trabajando de por vida. Un silencio escandaloso es ahora lo único que inunda la comarca.

Julia llama a sus hijos porque ya es la hora del almuerzo. Quizás una madre lo sea precisamente porque no es capaz de llevarse bien con la inevitable crudeza de la razón. Dos bocas encharcadas y sin hambre descansan sobre el árbol podrido, al lado de la alcantarilla, junto a un remolque volcado. Lo dice un vecino.

Un escalofrío sigue recorriendo de arriba abajo el cuerpo de Encarnación cuando se cruza con el árbol podrido. El pino permanece exactamente igual que hace cincuenta y dos años y la alcantarilla sigue achicando el agua con una experiencia sobrecogedora. A su paso por el árbol Encarnación recuerda con sus amigas aquel 29 de agosto de 1954, Martirio de San Juan Bautista. Más allá el cementerio. Los ataúdes de madera de pino (¡destino cruel y canalla!) ya han pasado a mejor vida y hace ya varias décadas que Julia trató de vengarse de la muerte.

- Es increíble -recuerda Encarnación-. Fuimos directamente al único lugar que se inundó... en fin... Comienza a llover ¿Nos vamos a casa?

La muerte no sabe perder al escondite... ni tan siquiera le gusta jugar. Tratar de huir de ella es una quimera y jugársela al negro es rojo seguro. ¿Quién les mandó intentar escaparse de la Dama Negra? ¿Acaso no se dieron cuenta de que esa es la única forma de encontrársela de cara? No lo sabían y fracasaron. Hacía sol y su atrevimiento les hizo morir ahogados.

Lo importante de la vida

Me sobra contigo, con él, con todos, con los montes, con el agua de los ríos, con las cuevas, con los disgustos, con la memoria, con la elegancia y con las amigas. Me sobra con un te quiero, con lo bonito, con mis cursos de cultura, con los donjuanes solteros, con las julietas desengañadas, con los peterpanes jubilados, con los bailes de antes y con mi hija y con mis nietos. Me sobra con San Pascual, con Villanueva de Gómez, con el Martirio de San Juan Bautista, con las misas de feria, con Madrid, con los besos sentidos y con el sentido de los besos. Me sobra con saber que tengo un as escondido en la manga, demasiadas coronas de espinas y pocos laureles de gloria. Me sobra con las fotografías, con querer lo que quiero, con todo lo que me sobrepasa, con la cruda realidad, con lo vivido y con lo que me queda por vivir. ME SOBRA CON LAS MENTIRAS QUE ME CREO PORQUE QUIERO. ¿QUÉ MÁS QUIERO?



No extraño los euros, los coches ni los lujos. Me dan igual las verdades que no creo, los políticos apolíticos y el cerebro sin recuerdos. Benditos sean los que sonríen su tristeza, los que lloran porque están contentos y los ricos sin dinero. Malditos los que roban porque sí, los que tienen para enseñar y los solitarios rodeados. Me gusta la gente pobre, las minorías y el café con amigas sin café. Ojalá algún día pueda decir que he vivido, que todo el mundo tiene hasta lo que no se merece y que ha muerto la muerte. Sé que el pasado no existe, el presente ya se ha ido y el futuro nunca lo tendremos. Pero también sé que NO EXTRAÑO LO QUE NO TENGO PORQUE ME LO INVENTO... ¿QUÉ MÁS QUIERO?